

## EL CONJUNTO DE LAS CRISIS

**A**LGUNAS de las críticas que se emiten hoy contra la todavía no implantada democracia española son, en realidad, muy antiguas. La idea triunfante de la democracia tardó mucho tiempo en establecerse en Europa después de su primer estallido fulgurante pero irregular, el de la Revolución francesa; los historiadores convienen en señalar el año 1918 como el principio de la verdadera época democrática, con el triunfo de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, en su representación, frente a las potencias centrales que representaban todavía el despotismo. Es lo que se llama "el período entre dos guerras", porque la de 1939-1945 volvió a representar teóricamente lo mismo, después de haber sucedido un verdadero asalto a la democracia, a la teoría y la práctica democrática, que tuvo por nombres principales los de Hitler y Mussolini. Alguien tan a la izquierda —fabiana— como Georges Bernard Shaw escribía sobre aquel período: "Ante los ojos del pueblo, los dictadores eran capaces de mantener sus promesas, si querían, mientras los parlamentarios, incluso si querían, eran incapaces de mantener las suyas. Por lo tanto, ¿a quién podría asombrar que en sus plebiscitos los dictadores obtuvieran el 95 por 100, e incluso más, de los sufragios del pueblo?". Por aquella época, Harold Nicholson, otro pensador de la democracia, escribía: "Se puede definir con una sola palabra el defecto esencial de una política democrática: la irresponsabilidad". (... Ahora los pueblos son "soberanos" y el sentido de responsabilidad de una persona o de un grupo no exista. Más allá iba Winston Churchill: "Las vulgaridades dulzanas ante las que la gente se encanta; la negación a mirar de frente los hechos desagradables; la busca de la popularidad y el éxito electoral, sin consideraciones por los intereses vitales del Estado; el amor sincero de la paz, la fe patética en el amor, tienen un solo fundamento: la falta flagrante de vigor intelectual en los dos dirigentes del Gobierno de coalición... El pacifismo violento, ardiente, que reinó a veces en el Partido Socialista Laborista, el respeto devoto del sentimiento separado de la realidad que se advierte en los liberales... Todo ello apoyándose sobre las dos Cámaras del Parlamento, sobre mayorías aplastantes... Todo ello nos pinta la debilidad de espíritu y la imprevisión británicas. Esos defectos, no por ser sin malicia nos evitaban el mal; francos de toda perversidad y malignidad de intenciones, no dejaron de contribuir, más o menos activamente, a derramar sobre el mundo horrores y miserias que, incluso si no nos son todavía enteramente conocidas, desafían ya toda comparación con cualquier otra experiencia humana".)

**N**O sería difícil encontrar paráfrasis de todos estos asertos en la prensa o en los discursos de los antidemócratas de la derecha actual. Podrían citarse docenas o centenares más en el mismo sentido. El contenido global es siempre este: la democracia es débil, los Parlamentos son lentos e inoperantes, las mayorías no

carreteras modernas...". (Bernard Shaw). ¡Cuántos errores se han cometido por la fascinación de las carreteras modernas! O por lo planes quinquenales de Stalin, o por la campaña contra las moscas de Mao Tse-tung. Los demócratas de la preguerra no entendían bien el alcance de las dictaduras modernas, y hasta equivocaban las del pasado. Pero, además, sufrían un complejo de inferioridad. Muy antiguo. Podría decirse que, incluso, su propio temperamento muy difícil encontrar un político que lo sea interiormente, antiguo o moderno, porque en todo político anida la idea de que la verdad es la suya, la solución es la suya: de ahí a la tentación de imponerla no hay más que un paso. Cuando Churchill hablaba con admiración de los dictadores de fuera, tenía el verdadero deseo de serlo él; lo fue en los años de guerra, y no siguió siéndolo porque el pueblo demócrata de su país le quitó de en medio cuando la guerra todavía no había terminado del todo.



**N**OS encontramos ahora ante los mismos errores precisamente en España. Tenemos, en realidad, más capacidad para analizarlos porque sabemos de qué época dictatorial procedemos, y hasta qué punto las miserias en que nos encontramos hoy proceden de esa etapa, las incapacidades políticas son herencia de esa etapa como las económicas, y hasta qué punto ha impregnado a la oposición; sabemos cuál y cuánta fue la sangre vertida para imponerla, dónde estuvieron las corrupciones y las injusticias. Y sabemos también que las carencias del pueblo, hoy, proceden, en gran parte, de la desculturización producida en ese tiempo, de la despolitización y del miedo que cundieron. Sabemos también que la democracia no está en el riesgo por su propia debilidad, sino por la fuerza de la autocracia que permanece.

tienen por qué tener razón, la bondad puede conducir al mal, el electoralismo paraliza el Estado. Pero habrá que situar el contexto real de esas palabras, su momento histórico y el error de falta de perspectiva en que se encontraban. Los llamados demócratas estaban asustados por los éxitos de las dictaduras fascistas: no conocían aún toda su capacidad de mal, de daño para sus pueblos y los ajenos. Las comparaciones parecían espectaculares: "Pedro el Grande, construyendo una nueva capital sobre el Neva; Napoleón limpiando los establos de Augias, rompiendo cadenas mohosas, desecando los pantanos, trazando rutas para el tráfico, abriendo paso a los talentos en un halo de gloria revolucionaria, y Mussolini, volviendo a construir Roma; Primo de Rivera y Hitler, cubriendo sus países de

**E**STE conocimiento es el que ha producido dos referendums y una elección general en un sentido democrático, que se va a repetir, si puede ser, el 1 de marzo. La democracia está siendo desestabilizada por los antidemócratas, y no por su propia naturaleza.

**P**ERO hay algo que está siendo mal entendido por los ciudadanos. Posiblemente, también, por razones históricas, aunque suelen achacarse a una supuesta caracterología nacional del español, extremo peligroso porque nos conduce a la tesis del "español ingobernable" o del "pueblo inmaduro" para la democracia. Es una especie de indisciplina que cunde velozmente. La realidad es que la indisciplina de los militares del cuartel general en el día del



El pueblo se va a enfrentar ahora con otra prueba dura para su conciencia: las elecciones del 1 de marzo, precedidas por toda clase de sucesos antidemocráticos del carácter más espectacular.

entierro del general Ortín no parece más que una más entre las que están sufriendo todos los grupos españoles. Estamos confundiendo la democracia con la insurrección personal, y si ahora ha llegado a instancias tan tradicionalmente apegadas al respeto a la autoridad y a la disciplina como el Ejército, la Iglesia o partidos con carácter dogmático, es porque la capacidad de contagio es cada día mayor. Hay un desorden más grave que el del orden público, y es el del incumplimiento del deber, e incluso la confusión del deber con la dictadura o con la opresión; hay una crisis más grave que la de las instituciones, y es la crisis de país. Estamos tendiendo a una disgregación. Se le suele llamar "anarquismo", y es un error grave: la anarquía es precisamente una tendencia a fortalecer la responsabilidad del individuo para hacer innecesaria una autoridad superior. Y si se la está confundiendo con la democracia, es un error mucho más grave todavía. La teoría de la democracia consiste en que la unidad de muchos conduce a la convivencia de todos. La democracia, en su más original filosofía, es una tolerancia para con los demás, una comprensión de los demás, un respeto al otro. Con lo cual se obtiene la tolerancia, la convivencia y el respeto para con uno mismo. Es decir, lo que está pasando en España no es "lo que nos ha traído la democracia", sino la consecuencia de la carencia de democracia, de lo que no ha traído la democracia.

**R**ESPONDE todo esto, sin duda, a unas razones históricas peculiares, y al hecho tantas veces expresado de que el antiguo régimen pervive con mucha más fuerza de lo que aparenta. Responde a una falta de objetividad en el examen libre de las verdaderas circunstancias nacionales. Hay un contraste agudo entre la lentitud legisladora, producida por los fuertes residuos del régimen anterior, y la impaciencia popular y en todos los estamentos, clases y hasta individuos que no encuentran los resultados que esperaban. Que una parte de esta población responde con el "desencanto" como actitud pasiva, indiferente, resignada y olvidadiza, que, otra parte responde con acciones personales o colectivas que nos alejan de la realidad objetiva del país, no hacen más que destruir las posibilidades de que la democracia se implante realmente en el país.

**T**ODO este riesgo, ¿cómo se va a conjurar? Se nos responde que con el tiempo. El tiempo es mal aliado cuando las circunstancias apremian. Se supone que el tiempo va a madurar a las gentes; que la impaciencia se va a calmar, que al derrotismo va a suceder a un estado de conciencia nuevo y participante... Pero estas cosas no suceden por sí solas. Y menos cuando hay grandes fuerzas decididas a que no sucedan así y a aprovecharse de unos y otros elementos, de la irritación de unos y de la pasividad de otros — todos

defraudados— para acabar con la democracia. El tiempo y la paciencia son malos aliados cuando el enemigo es activo y está teniendo la idea de que el poder está al alcance de sus manos, aun contra todo deseo nacional, aun contra toda posibilidad internacional.

**E**L pueblo se va a enfrentar ahora con otra prueba dura, dura para su conciencia: las elecciones del 1 de marzo, precedidas ya por toda clase de sucesos antidemocráticos del carácter más espectacular —en los nueve primeros días del año había ya nueve muertos como consecuencia de la inestabilidad política—. Es preciso que en este tiempo se labre una conciencia realmente democrática, de participación, de actuación: es preciso que haya unas normas de conducta que nos lleven a una verdadera implantación de la filosofía democrática en el país. Con la convicción de que todo lo que nos está sucediendo no es por efecto de la democracia, sino por defecto: porque no existe, y porque hay que implantarla. En todo ello tienen una responsabilidad considerable no sólo todas las autoridades elevadas de la nación, sino los jefes políticos, las direcciones de las centrales sindicales y los ciudadanos por sí mismos. Se nos está poniendo continuamente ante últimas oportunidades: sabemos responder, a pesar de todo, a cada una de estas situaciones límites a que se nos lleva. ■